

## *Las alturas de Justina*

Pasó por delante de tantas casas. Ninguna era la suya. Volvía después de muchos años. Sintió el calor del sol de mediodía en las piedras blancas. El reflejo de los rayos sobre las paredes la cegaba. No conocía a los hombres que estaban allí, en las puertas. Casas de piedra nítida, puertas y ventanas con marcos azules y verdes. Los recordaba así. Era su pueblo, o había sido el pueblo de una niña que conoció. Ahora había rutas y caminos. Las calles estrechas y escalonadas permanecían igual.

Se ató con un pañuelo el pelo negro y crespo. La transpiración le empapaba la nuca blanca. Dos mujeres pasaron a su lado. Murmuraron algo que no entendió. Les hizo un gesto con la mano y ellas se rieron. Seguía subiendo por la carretera. Los pequeños santuarios sembraban el camino de iconos y oraciones pasadas.

Un auto que tomó la curva bruscamente le tocó la bocina dos veces. El conductor gritó palabras soeces. Justina recordaba lo que significaban. Con su vestido moderno se sentía ajena. Se había olvidado poco a poco de todo aquello. Primero dejó de escribir en sus caracteres. Después dejó de hablar en su idioma. Dejó de pensar en él. No comer más de esa comida, no oler más aquellos aromas. La guerra no había matado su cuerpo. Empezó a vivir como otra persona y decidió dejar todo atrás. Aún así su corazón seguía herido por los valles profundos del Kadisha.

No esperaba encontrar a nadie. En realidad no lo sabía. Seguía ascendiendo con los pies

cada vez más lejos del mar. Con las manos palpaba la piedra que no había podido olvidar. La piedra milenaria le respondía, se acordaba de su tacto. Justina recorrió aquella huella que no había vuelto a andar. Desde la mañana en que partió. Ese día había visto los montes surcados de venas frías y rojas. La nieve todavía permanecía en las grietas y quebradas. El sol matinal las iluminaba quedamente. El vapor salía de su boca adolescente. Se despedía. Bajaba por primera vez de sus montañas. Iba hacia el mar. Hacia abajo. Tenía vértigo.

Ahora también subía rápido. Como aquel día de principios de primavera, lejano. Durante el deshielo.

Hoy las montañas estaban verdes como los ojos de su abuela. Se los cerró noches anteriores a la partida. No escuchaba los pájaros. Ya no estaban allí ¿Abandonaron los montes natales? Quizás se fueron cuando Justina dejó de cantar con ellos por las mañanas. Dejaron el país de los cedros. Emigraron al extranjero como los hombres. Sucumbieron a los perdigones.

Justina trae en su calzado tierra de lejos. Abona este territorio sufriente. Fue feliz y no lo fue, allá abajo. En la llanura se vio distinta. Sola. Desprotegida. La casa de piedra con su puerta baja no la vio entrar más. La vertiente de la miel y de la leche no mojó sus pies de nuevo. La mano de la abuela no acarició más su cabeza rizada.

Sube en busca de algo. Algo que perdió hace años, cuando dejó la vaca en el corral. Cuando pidió a los vecinos que ayudaran a poner a la anciana en el pozo del patio que ella misma cavó. Cuando clavó la cruz azul de madera tallada. Así dejó su casa. A la vaca que daba buena leche. A los corderos lanudos con sus enormes rabos de grasa.

Justina no es vieja pero está cansada. La vida la hizo como las piedras del desfiladero. Su fe se quedó en la aldea. Con la abuela y la



vaca. En los montes y en las piedras. No bajó hacia la costa. No la acompañó, se quedó arriba. Justina no se acuerda si ella la abandonó. Si la dejó olvidada o si se escapó del bulto donde tenía su ropa. Cuando llegó abajo ya no la tenía. Había volado de vuelta a las cumbres.

Así vivió Justina, lejos y sin fe. Sin fe en los hombres. Sin fe para sus hijos. Creyó que podía seguir así hasta ahora.

Las campanas dieron las doce y todavía no llegaba. Volvía a la casa. Siguió camino hasta que llegó al puente. Lo cruzó. No miró más atrás.

Sus pasos se volvieron más ligeros. Volvió a oír el trino de los pájaros. El pañuelo se desanudó dejando su cabello suelto.

Dos paredes de piedra quedaban en pie. La guerra no perdona. La abuela lo sabía. Justina se sentó en el patio de su niñez. Sus labios besaron la cruz azul que aún permanecía: resquebrajada, torcida, despintada. Apoyó su cara en la tierra húmeda, a la sombra del muro y rezó con palabras antiguas que su boca no había olvidado. Su corazón las tenía guardadas para ese momento. Besó la cruz de nuevo.

Su esposo extranjero la esperaba abajo, en el albergue. Estaba sentado en la playa con sus hijos. Miraban el mar. Justina era ahora ajena a ellos. No volvería. Su fe, su alegría estaban arriba. Abajo jamás volvería a sonreír ¿Lo había hecho alguna vez? Se acurrucó entre la piedra amiga y se echó a dormir.

*Desde abajo sus hijos miraron desde la arena caliente a los montes vegetales. Preguntaron al padre por su Justina. Presintieron la lejanía. El padre no respondió. Su razón de ser estaba allí, abajo. Era un hombre de la llanura. No comprendía las alturas de Justina. Se llevó a los hijos de vuelta al extranjero en un barco. El mar se los tragó por la noche.*

Justina se sobresaltó. Bruscamente se incorporó. Sonrió aferrando la cruz de su abuela. Bajó a pasos largos el sendero montañoso. Corrió hasta llegar a la playa donde habían encendido una fogata. Abrazó a los hijos con fuerza. En su bolso palpó una pequeña cruz azul tallada en madera. Esta vez no dejaría su fe.

Entre las dos paredes de piedra quedó una cadena de la que pende una medalla. La imagen es desconocida. El cuño estampado sobre el oro fino la perfila con claridad. Se ve una mujer. Una línea por detrás de ella pasa horizontalmente por el medio. La figura femenina sobresale de las dos mitades. Las une y las supera. Una mano sostiene una cruz. En la otra carga a un niño.

El navío partió una semana después. Se alejó de los acantilados de roca. El brillo vespertino sobre la caliza blanca no los dejaba abrir los ojos. La nave siguió su curso inexorable. Las olas la mecían. Justina se fue en ella.

